

EL TURISMO DE INVIERNO Y SU IMPACTO EN LAS AREAS DE MONTAÑA

El turismo es parte integrante de la esfera general del ocio que aparece en el preciso instante en que se crea una disociación entre el tiempo de trabajo y el tiempo de *no trabajo*. Esta distinción afecta, sobre todo, al ritmo de vida de las sociedades urbanas e industriales hasta el punto de imponerse a todos los que no pertenecen a ellas. Los fines de semana, el mes de vacaciones pagadas, los puentes, las fiestas de Navidad y Semana Santa, suponen un desplazamiento masivo desde las ciudades a diversos puntos del campo y núcleos rurales y, especialmente, en los meses de invierno, hacia las estaciones de esquí y las zonas de altitud de las áreas de montaña.

Actualmente, en España hay unos doscientos mil esquiadores; cifra baja si se compara con otros países europeos. Los deportes de invierno aparecen en nuestro país a principios de siglo, con la búsqueda de una higienización de las costumbres por parte de la burguesía; influidos por países como Francia, Suiza o Austria, son catalanes y castellanos los que inician esta actividad, desde la estación barcelonesa de La Molina o desde Navacerrada, dedicándose allí a los primeros deslices en la nieve, sobre dos tablas de madera y ayudados por un bastón largo, también de madera, a modo de impulsor y sistema de freno. Desde entonces hasta hoy se ha progresado lo inimaginable; a principios de los años sesenta, con el desarrollismo y expansionismo industrial comienza la creación de grandes estaciones, con instalaciones y servicios que garantizan un feliz aprendizaje del esquí a todos los usuarios (como es el caso de Baqueira, creada en 1964), sin perjuicio de la ya iniciada aparición de pequeñas estaciones o parques de nieve, muchas veces en régimen de explotación familiar.

Desde ese momento surgen la oferta y la demanda en torno a los alicientes de los deportes de nieve: vida sana al aire libre durante el día; relax, confort, relaciones sociales, copas y discotecas durante la noche. El paisaje y la naturaleza invernal pasan a adquirir el valor de mercancía.

CONFLICTO DE INTERESES

En este mercado del turismo de invierno se contraponen diversos intereses que suelen entrar en conflicto al interrelacionarse. De una parte, los promotores de las estaciones y la clientela que acude a ellas; de otra parte, los municipios en los que se ubican estos centros turísticos, con su respectiva población rural, que también suele estar relacionada con las estaciones de esquí por motivos laborales. El conflicto se produce al no llegar a acuerdos satisfactorios para ambas partes: promotores y municipios, y al ser, estos últimos, los órganos competentes para el otorgamiento de licencias de obras, instalaciones, etc., así como para la aprobación inicial de los Planes Parciales que han de realizarse para regular los usos originados por la construcción de estos centros deportivo-recreativos.

La salida más usual de este conflicto es la preponderancia económica del promotor, con unos brillantes proyectos a corto plazo, que carecen de estudios adecuados donde estén reflejados los impactos sobre el medio y la población, frente a la indefensión informativa y monetaria de los Municipios afectados. Estos, en la mayoría de las veces, sin datos comparativos, aceptan a regañadientes cesiones y concesiones de sus espacios forestales y zonas de pastos de montaña, en favor de subrepticias creaciones de puestos de trabajo y promesas de nuevos y

mayores ingresos para el erario local.

ACTIVIDADES YUXTAPUESTAS

Los problemas que plantea el turismo de invierno se originan al yuxtaponer las actividades agrarias y ganaderas tradicionales, con las actividades turísticas recientes. Una estación de esquí tiene como fin último para sus promotores, el de obtener el máximo rendimiento inmobiliario, sin que exista un planeamiento urbanístico de su ubicación, por lo que su urbanización es desordenada e irracional, con graves problemas de especulación del suelo.

Por otra parte, el impacto de la urbanización descontrolada trae como consecuencia la falta de rentabilidad social de las edificaciones, su escaso rendimiento medio. Fuera de las épocas punta de ocupación, las construcciones están casi vacías, son edificios fantasma.

Finalmente, la realización de una estación de esquí comprende diversos problemas que afectan a varios sectores: transportes, urbanismo, servicios forestales, turismo, equipamientos sociales y culturales, etcétera, es decir, son de tal magnitud que ponen de manifiesto una necesidad fundamental: que la administración local tenga poder de decisión, a la par que medios económicos, para ordenar su territorio de la forma más conveniente para obtener el mejor aprovechamiento de sus bienes.

DEGRADACION DEL PAISAJE

La acción del hombre sobre un medio muy frágil, como es la alta montaña, es irreversible, y al hablar en España de alta montaña no se la puede definir sólo por su altura, sino sobre todo por determinadas áreas o latitudes dentro del sistema montañoso. En nuestro país quedan pocas zonas reales de alta montaña y esta misma escasez hace más necesaria una mejor protección de las mismas.

Una estación de esquí incide de manera muy específica sobre las zonas de pastos y masas forestales de la alta montaña. En las primeras, si bien la ganadería en verano suele ser compatible con el esquí

en invierno, por un innegable deterioro de la calidad de los pastos. En las segundas, de manera más negativa, ya que para instalar los remontes mecánicos y para condicionar las pistas se hace necesaria la tala de bosques, lo que da como resultado una progresiva erosión del suelo.

Lo que parece incidir más profundamente en las áreas de montaña —en cuanto a degradación ecológica y paisajística se refiere— es la urbanización y los accesos que han de construirse para llegar a las zonas artificialmente habitables, a una altura entre 1.300 y 1.500 metros. Los importantes movimientos de tierras para la construcción de carreteras, la captación y canalización de aguas y, por tanto, la desviación de torrentes y arroyos, son golpes importantes debidos a la influencia humana en un medio muy delicado. Consecuencia de estos impactos puede ser un descenso de los niveles freáticos, la disminución del caudal aguas abajo y la consiguiente ruptura del equilibrio natural.

Ejemplos de brutales agresiones contra la naturaleza los tenemos en Sierra Nevada o en La Pinilla. Esta última zona, sin ir más lejos, ha sido objeto de un atentado geológico irreversible, al instalar una estación en un circo glaciar cuaternario, prácticamente el único con cierta entidad de todo el macizo de Somosierra; en su cota más alta (el Pico del Lobo, 2.273 metros) queda instalado, para vergüenza de propios y ajenos, un amasijo de hierros y cables de los remontes mecánicos. Y todo ello ¿para qué?: para el beneficio privado de una minoría, sin más rodeos.

LA SOLEDAD DE LA MONTAÑA

Un tema que casi nunca se plantea —por no existir en este país las condiciones socioculturales necesarias— es el impacto que supone la *usurpación de la soledad* de la alta montaña. Esta, constituye todavía uno de los pocos espacios vírgenes del planeta y uno de los santuarios naturalísticos más valiosos que nos quedan, donde todavía es posible la observación de la naturaleza en estado salvaje. Es, por tanto, fuen-

te de educación y de cultura y su defensa tiene también un fuerte componente cultural.

Como parte destacada de los espacios de alta montaña, los glaciares tienen un valor incuestionable. La existencia de glaciares implica la presencia de ecosistemas propios dentro del medio que precisan mayor protección. En nuestro país existen espacios de estas características, tales como los glaciares del Aneto-Maladeta, que se encuentran amenazados. La instalación de estaciones de esquí en este tipo de espacios, pese a las adversas condiciones físicas y climatológicas, es una simple cuestión de inversión y nunca tiene presentes criterios de valor ecológico o geológico del paisaje.

LA PROMESA DE PUESTOS DE TRABAJO

El principal atractivo del turismo de invierno para las comunidades rurales es que proporciona puestos de trabajo. Al ubicarse en áreas con predominio del sector primario y con una evolución demográfica regresiva, es decir, en zonas económicamente deprimidas (no «per se», sino por una mala gestión de la propia riqueza natural), se tiende a crear una gran correlación entre el desarrollo del sector servicios y la estabili-

dad demográfica. Otra cosa al margen de la consideración estricta de nuevos puestos laborales es la calidad de vida que ofrecen estos puestos, ya que tradicionalmente son las *gentes del llano* quienes detentan mayor capacidad económica y cultural, frente a los habitantes de las zonas montañosas, que desempeñan trabajos peor remunerados y en condiciones climatológicas muy duras. En este sentido la creación de una infraestructura turística parece beneficiar de manera primordial a los viejos *clanes* privilegiados, con capacidad para acceder al grado de confort de esquí, al tiempo que detentan comercios, supermercados, tiendas de deportes, etc. A ello hay que añadir la llegada de personal especializado en actividades invernales, ajeno a la región, que acapara buen número de puestos de trabajo gracias a una mayor cualificación profesional.

Finalmente, hay que destacar la posible repercusión de las expectativas de mayores salarios en el abandono de las actividades tradicionales: agricultura y ganadería principalmente, así como la dependencia de las economías domésticas respecto del turismo, cuya estabilidad a largo plazo puede ser muy variable.

Carmen MARTIN MUÑOZ-BAROJA

Al otro lado de los Pirineos

Un ejemplo práctico de buena gestión y de control local —por parte de la misma población— de los recursos turísticos, se puede encontrar en la vertiente francesa de los Pirineos, en el valle de Beretous. En esta región se ha creado un Sindicato de Vocación Múltiple (SIVOM), que aglutina en su seno diversos organismos encargados de canalizar los intereses de las comunidades locales con el objetivo de marcar las pautas del turismo en el medio rural. Desde 1979, uno de estos organismos «El país de acogida» desarrolla un programa, con una inversión hasta 1985 de más de veinte millones de francos, que pretende hacer del valle de Beretous una unidad turística con una capacidad de alojamiento de más de 4.000 camas. Lo insólito de la experiencia es la utilización prioritaria de los recursos existentes, realizando refugios a partir de las edificaciones tradicionales, caseiros, masías, etc. (con lo que se evita, además, su ruina por abandono), integrando en la vida local al turista, recibido por y en casa de los propios habitantes —con una noción contraria a la de equipamientos turísticos complejos y concentrados— y mediante un funcionamiento organizado y solidario entre todas las comunidades del valle, con el fin de evitar la dispersión de iniciativas.